

Elixir estomacal

TENGO dos o tres vigías repartidos por Europa. Uno, en la cumbre del Montblanc; otro, en la red arterial de cloacas de Hamburgo, y un tercero que trabaja como mayordomo en el palacio de Buckingham. Los tres coinciden en sus informes: se avecinan años de conflictos sociales en toda Europa. Y yo digo: les está muy bien empleado. Yo me encontré con una situación social caótica y supe atajar el problema de raíz. Lo ilustraré con un ejemplo. Paseaba yo por una calle de Leipzig en 1930, cuando me encontré ante una escena escalofriante. Un obre-



ro de la construcción le estaba dando una buena ración de ladrillazos a un conocido empresario de inmobiliarias de la ciudad. El empresario se defendía con un palo de golf, y si el ladrillo que le caía encima era muy grande, lo devolvía con una raqueta de tenis.

—¡Un momento! —grité ya con esa germánica voz que la Naturaleza me ha dado.

—¡Qué pasa aquí!

—¡Es un burgués! —rugió el albañil enfurecido.

—Es un bolchevique —comentó displicente el empresario con una leve arruga en una naricilla no excesivamente afortunada.

—Vamos, hombre. A estas alturas del siglo y todavía se pelean ustedes por esas tonterías. Muy mal hecho. ¿No se han enterado todavía de que en España el general Primo de Rivera a prohibido la lucha de clases por Decreto?

—Yo hasta que no lo vea escrito no me lo creeré.

—Ni yo tampoco.

Nada más fácil. Les invité a que

¡ABAJO LA LUCHA DE CLASES!

me acompañaran al Consulado español, en Leipzig, y les enseñé la disposición. Muy amablemente, el empresario leyó la ordenanza en voz alta, porque el albañil no sabía leer.

—Lee usted muy bien —comentó el albañil con un talante deportivo congénito que me llenó los ojos de lágrimas.

—He sabido hacer un empleo correcto de la plus valía que he sacado de su trabajo.

—No faltaba más. Si todos fueran como usted... Pero yo trabajé una vez para un constructor de Munich que empleaba la plus valía en cerveza, mujeres y en otros negocios.



—¡Qué inmoralidad! —estalló el empresario—. Yo la empleo en elevar mi nivel cultural y en dar carrera a mis hijos.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó emocionado el albañil.

—Dos: un chico y una chica. Mire, aquí traigo una fotografía.

El obrero también sacó la foto de sus hijos, y se intercambiaron comentarios elogiosos.

—Yo tengo doce hijos y no les voy a dar carrera —dijo el obrero.

—Si es por falta de dinero... —se alarmó el empresario y ya echaba mano de la cartera.

—No, no. Es porque ha de haber de todo, ¿no? Y si los de usted estudian, pues ya cumplen esa función. Los míos trabajarán.

—Con gentes como usted las clases se entienden.

Y fue entonces cuando intervine yo para sacar la conclusión moral al asunto.

—¿Ven que fácil? La manera de luchar contra la lucha de clases es



declarándola ilegal y después eliminando las distancias personales y organizativas entre patronos y obreros.

El obrero se pegaba ladrillazos en la cabeza y gimoteaba.

—¡Cómo no se me había ocurrido a mí antes! ¡Seré cabezota!

—Haberte ilustrado a tiempo —dijimos a coro el empresario y yo.

—¡Soy un ignorante! —rugió el obrero indignado contra sí mismo.

Y el empresario y yo, para que escarmentara, le empezamos a pegar patadas en el culo.

—¡A ver si lees un poco y te enteras de que lo de la lucha de clases pasó a la Historia!

Y esta anécdota la he recordado a la vista de los malos tiempos que se avecinan para Europa. Solución: leyes, relaciones públicas y unas cuantas cariñosas patadas en el

culo a tiempo. **Adolfo**

EJERCICIOS MATINALES



¡Afuera los extremistas de la derecha!



Ibidem con los de la izquierda!



¡Adelante los retrógrados!



¡Atrás los progresistas impacientes!



¡Saludo cordial a mis superiores!



¡Y, heme aquí, convertido en un ombligocentrista de calidad europea!

